

Cierra el volumen un nuevo estudio de poesía —ahora desde perspectivas contemporáneas—, a cargo del profesor Reyes Cano, que aborda un aspecto de nuestra literatura comparada olvidado en exceso hasta hoy: «La huella de Goethe en la conciencia poética de Juan Ramón Jiménez». De esa forma, el tema de las relaciones literarias del moguerense con otras literaturas —la italiana, por ejemplo, estudiada por D. F. Fogelquist; la griega, por I. Zavala; la anglo-india, por R. Johnson..., por no hablar de los estudios de L. Rosales sobre las relaciones juanramonianas con la lírica también germánica de Heine— recibe ahora una aportación nueva e importante. Subraya el investigador, en primer lugar, el interés germanista manifestado por el krausismo español, que se condensaría en un marcado influjo goethiano sobre la generación de 1914. Habitual lector del poeta alemán, Juan Ramón Jiménez habría compartido con él un afán idéntico por alcanzar la perfección de su obra, que tan pocos autores españoles habían tenido, con la excepción de Góngora. Reyes Cano documenta en Juan Ramón elementos fundamentales de filiación goethiana, tales como la noción del «hombre completo» —en la que el poeta de Moguer vio una confirmación de sus propias aspiraciones: fundir poesía y vida, ética y estética, con su obra—, o el ideal del *lirismo de la inteligencia*, que busca una poesía nacida de lo más alto del pensamiento: «Inteligencia, dame el nombre exacto de las cosas». Del poeta alemán habría heredado, en

fin, conceptos como el del instante eterno, el trabajo gustoso o la resignación cósmica del hombre. Mediante un fino análisis, el profesor Reyes Cano llega a demostrar el alcance de la influencia de Goethe, no sólo en la conformación de la conciencia poética de Juan Ramón, sino también en su ideario estético y humano.

En resumen, los cinco trabajos reunidos en este volumen aportan originales contribuciones a la renovación, matización y puesta al día de las investigaciones en las parcelas tratadas, tanto por su riqueza de datos y enfoques como por la calidad de la labor filológica y exegética llevada a cabo en cada uno de ellos.

ANA GÓMEZ TORRES

EAGLETON, TERRY, *Una introducción a la teoría literaria*. Trad. de José Esteban Calderón. México, FCE, 1988, 267 páginas.

Cinco años después de su aparición en Inglaterra, se publica la traducción española de este libro del conocido teórico marxista de la literatura Terry Eagleton. Las cuatro reimpresiones de la obra entre 1983 y 1985 nos indican que no ha pasado desapercibida en el mundo de habla inglesa. ¿Se debe el aparente éxito a que hoy parece que todo lo que sea introducción a la teoría literaria tiene asegurado el público —recuérdese el caso del manual coordinado por Ann Jefferson y David Robey

comentado por mí en otro número de esta revista—? ¿Son las posturas personales del autor las que hacen interesante su trabajo ante los estudiosos de la crítica literaria?

El libro de Terry Eagleton no es exactamente un manual de teoría literaria, aunque tiene algunas de las características de tal género de obras. La principal es la bibliografía, ordenada por escuelas críticas y seleccionada con vistas a la información de quien sienta necesidad de adentrarse en el conocimiento de una corriente crítica determinada. Las elegidas por el teórico inglés son: formalismo ruso, crítica inglesa, nueva crítica norteamericana, fenomenología y hermenéutica, teoría de la recepción, estructuralismo y semiótica, postestructuralismo, psicoanálisis, feminismo, marxismo. Pero, en contra de lo que habría de esperar en un manual, no hace T. Eagleton una presentación y discusión de todos los movimientos reseñados, sino que organiza su obra en los siguientes capítulos: una introducción sobre qué es la literatura; un primer capítulo, titulado «Ascenso de las letras inglesas», que trata de la ideología del concepto de literatura y de crítica inglesa; a la fenomenología, hermenéutica y teoría de la recepción está consagrado el segundo capítulo; el estructuralismo y semiología ocupan el tercero; sigue el dedicado al postestructuralismo; el psicoanálisis ocupa el quinto capítulo; termina con una conclusión titulada «Crítica y política». Ni el feminismo ni el marxismo, que contaban con sus correspondientes apartados en la biblio-

grafía, tienen un lugar delimitado en el cuerpo del trabajo. La razón nos la da el mismo autor:

«Una de las razones por las que no terminé este libro con una exposición de la teoría literaria socialista o de la feminista es porque opino que con ello animaría al lector a cometer lo que los filósofos llaman «error categórico». Con ello podría desorientarse y llegar a pensar que la «crítica política» es otro enfoque crítico que se añadiría a los ya expuestos, que se diferenciaría de ellos por ciertos supuestos, pero que esencialmente se trata de lo mismo; y esto no debe ser, pues, como ya he dicho, toda crítica es política en cierto sentido, aunque el público tiende a calificar como “política” a la crítica que esté en desacuerdo con su punto de vista» (p. 250).

Es decir, la crítica socialista y la feminista son críticas políticas, y, como tales, opuestas a todos los movimientos antes mencionados. Desde las posiciones socialistas y feministas es precisamente desde donde parten todos los reparos a la teoría literaria, reparos que Terry Eagleton hace continuamente en su trabajo. Por eso, el título de la obra quedaría más completo si introdujera el adjetivo «crítica» después de «introducción». En efecto, por lo que se refiere al concepto de literatura, es imposible una definición intrínseca de la misma, al estilo de la preconizada por el formalismo ruso: «No hay absolutamente nada que constituya la “esencia” misma de la literatura»; ya un poco más arriba había dicho que «puede considerarse

la literatura no tanto como una cualidad o conjunto de cualidades inherentes que quedan de manifiesto en cierto tipo de obras, desde *Beowulf* hasta Virginia Woolf, sino como las diferentes formas en que la gente *se relaciona* con lo escrito» (p. 20). Es ésta una idea que está presente en todo el trabajo, y que ilustra de manera detallada en el primer capítulo, donde se trata de destacar el aspecto ideológico de la literatura y de la crítica. La literatura, se afirma allí (p. 35), es una ideología. A partir de aquí resulta fácil demostrar que las concepciones críticas están amparadas también por una ideología, como se ve en el caso de Arnold, Leavis, Eliot, Richards, *New Criticism* o Empson, en quienes se centra para su discusión.

El capítulo dedicado a la fenomenología, hermenéutica y teoría de la recepción pasa revista a los problemas de la significación literaria. Es interesante porque el tratar de estas cuestiones, de manera extensa, en la teoría literaria es un hecho reciente que demuestra que los problemas de la interpretación están adquiriendo una entidad teórica cada vez mayor entre los filólogos. Es lógico que si se van relativizando las definiciones, nos preguntemos por lo que ocurre en nuestra relación con la literatura. La pragmática literaria es, como sabemos, la rama de la semiótica que hoy protagoniza los estudios literarios. Aparte de Husserl y Heidegger, trata Terry Eagleton de clásicos de la teoría de la interpretación como Gadamer, E. D. Hirsch, Stanley Fish y de los de la teoría de la recepción como Jauss e

Iser. Llama la atención que incluya, justificadamente, en este apartado la referencia a Roland Barthes y a Jean-Paul Sartre, saliéndose de los marcos «normales» en que los tratados suelen incluir a dichos autores —estructuralismo francés y crítica existencialista, respectivamente.

Resulta imposible dar cuenta, en esta nota, de la riqueza de matices que presenta la discusión a que Terry Eagleton somete todas las posiciones mantenidas en la teoría literaria del siglo xx. Si de algo no se le puede acusar es de que oculte su valoración de tal teoría. El estructuralismo, al que le asigna el mérito de haber desmitificado la literatura (p. 131) por la insistencia en el carácter «construido» de la misma, peca de un antihistoricismo espeluznante (p. 134), y «casi se ha convertido en pieza de museo» (p. 237). No me detengo en los detalles de la discusión del postestructuralismo, en el que Roland Barthes ocupa un destacado papel junto a la deconstrucción, con especial atención a Jacques Derrida y Paul de Man. Resulta curioso, aunque no es la primera vez que se formula, el parentesco entre la deconstrucción norteamericana y el *New Criticism*: «En otro sentido, empero, esta deconstrucción anglo-norteamericana no es otra cosa que el retorno del antiguo formalismo de la Nueva Crítica» (p. 176).

Las teorías de Freud y Lacan son ampliamente resumidas, así como su aplicación a la literatura por parte de Harold Bloom —autor frecuentemente asociado a la deconstrucción— y Julia Kristeva.

La conclusión, titulada «Crítica

política», no se refiere a la propuesta de una teoría crítica que se caracterizara por su carácter político. Pues la política, en la teoría literaria, ha estado siempre presente: «En las páginas de este libro he procurado demostrar que la historia de la teoría literaria moderna es parte de la historia ideológica de nuestra época» (p. 231). La teoría literaria es política, y la censura que se le puede hacer es el no reconocimiento de tal carácter.

Pero Terry Eagleton quiere dar una salida que no sea la simple negación de la posibilidad de definir la literatura o la teoría literaria. Ésta carece de objeto preciso —la literatura no tiene definición intrínseca— y de método específico: «Cualquier intento de definir la teoría literaria en función de un método distintivo está condenada al fracaso» (p. 234). Si la literatura es una de las *prácticas discursivas*, un conjunto de escritos que la gente de vez en cuando llama «literatura» (la literatura es solamente un nombre), entonces la teoría literaria debe desaparecer como tal, e integrarse en la teoría que estudia tales «prácticas discursivas». Para Terry Eagleton tal teoría no es otra que la *retórica*, teoría del discurso en todos sus aspectos, forma más antigua de la crítica literaria. En el programa de la nueva teoría discursiva entra la recuperación de conceptos valiosos (p. 244). Me parece que, por la vía del relativismo, se llega, paradójicamente, no a una negación, sino a una ampliación de los intereses de la nueva teoría, la retórica, que es recuperada desde las prácticas discursivas, lo mismo que

es recuperada desde la pragmática. ¿Qué diferencia hay entre la nueva retórica y la semiótica, sobre todo en los desarrollos de su aspecto pragmático? Estamos en tiempos de auge de la pragmática.

JOSÉ DOMÍNGUEZ CAPARRÓS

FERRIER, AUGER, *Libro de los sueños (Liber de somniis)*. Edición, traducción y comentario de F. Calero, Cuadernos de la UNED, Madrid, 1989.

La edición, traducción y comentario que sobre el *Libro de los sueños (Liber de somniis)* de A. Ferrier, ha realizado F. Calero, se suma a la ya existente sobre *La batalla de Lepanto*, de A. de Morales, realizada por J. Costas Rodríguez. Significa esto una gran oferta que se hace a los alumnos que cursan los estudios de la Lengua Latina.

Con esto, creemos, se está favoreciendo al acercamiento a una época —la de los humanistas— donde la lengua latina tuvo su gran importancia como instrumento de comunicación y medio para recoger los avances de pensamiento, hechos y situaciones que caracterizaron estos siglos (XV-XVI).

*El libro de los sueños* de Auger Ferrier es un botón de muestra de esos estudios cortos, escuetos, de tema recortado que por su mismo enredo entretiene al lector y le provoca a comparar cómo queda recogido el desarrollo de un pensamiento pun-